

LA LIBERTAD, LA ESCRITURA, TIRANDO DEL HILO CON CARMEN MARTÍN GAITE

Luisa ANTOLÍN VILLOTA

No sé por dónde empezar. Quizá por la libertad, o por el refugio, o por la habitación propia, o por el cuarto de atrás. O a lo mejor por el fugarse a una isla. Como voy a hacer yo en un mes otra vez, irme a una isla. Será cuestión de seguir las miguitas de pan, tirar del hilo que me ofrece Carmen, Carmiña, siempre que no sé qué hacer o por dónde seguir, desde que me encontré con ella la primera vez, hace ahora mucho tiempo, más de tres décadas. Claro que el tiempo, el tiempo te confunde, a las cuentas del tiempo no hay que hacerles caso, eso también lo he aprendido con Carmen, que unas veces se hace muy largo y otras lo que ha sucedido en el pasado parece como si acabaras de vivirlo hace un momento. Además, está todo lo que se escurre entre las rendijas de las fechas del calendario, sin que nos demos cuenta. El caso es que cuando conocí a Carmiña, de la mano de Sara Allen y Miss Lunatic, en Nueva York, ya nunca más me he separado de ella, ni ella de mí, que tengo que agradecerse. Y hoy vuelvo a leer esa historia, a revivirla, con el deseo y la curiosidad de encontrar en ella quizá algunos porqués de esta aventura a la que Carmen nos invita. La aventura de la libertad y de las palabras, y cómo se entrelazan, como cerezas, o como una guirnalda de papeles estampados en

verde, rojo, blanco y amarillo, o como las trayectorias de vuelo de una nube de mariposas que nos envuelve, formando mil combinaciones, igual que los cristales de un caleidoscopio. No me quiero desviar. La libertad, decía, ese deseo tan loco y tan profundo, la llamita que centellea dentro, del estómago o del corazón, más bien ¡por todo el cuerpo! «Todo tenía que ver con la libertad», eso pensaba Sara Allen. Y así, leyendo *Caperucita en Manhattan* una chica de veintidós años salió del encierro del miedo. Había mucho miedo entonces, hay todavía mucho miedo. «El miedo cría miedo», ya lo dice Carmen. Sí, el miedo puede protegernos a veces, pero también nos doblega, nos ata con cuerdas invisibles, muy suaves al tacto, como la seda, y no nos deja respirar. Tantas voces de advertencia transmitidas de generación en generación, en casa, por las calles, en las noticias: no salgas sola, cuidado con los extraños, quédate quieta, a salvo. Una se vuelve miedosa y entonces le queda escaparse en silencio, sin moverse, con la ventana abierta, contemplando las estrellas de la noche, intentando descifrar su lengua de guiños, como «duendecillos que le mandan destellos de fe y de aventura», en palabras de Carmen, y, desde allí, volar sobre los tejados, explorar selvas tropicales... Y «es que no estás nunca en donde estás», no dejan de decirle, pero es que no se puede estar ahí, en el mundo en que le dejan estar, piensa ella, es tan estrecho... Sí, esa chica de veintidós años sentía, como Sara Allen, que era vital fugarse con los sueños, con la imaginación, en una nave espacial amplia y supersónica, que pudiera alcanzar la velocidad de la luz, o un barco de siete velas que fuera capaz de navegar entre tormentas y oleaje, o subida en el lomo de un ave del paraíso y, también, leyendo un libro, que es lo que solemos tener más a mano. Y entonces esa joven que estaba acabando la carrera de periodismo, porque quería ser aventurera, viajar y contar lo que veía y lo que sentía, se agarró al hilo que le tendió Sara Allen como a la cola de un cometa y conoció a Miss Lunatic, y junto a ellas aprendió a vivir, sin prisa, a la escucha de las historias ajenas, sin decir mentiras, llorando y riendo, abierta a la sorpresa, y cuando terminó de leer, dijo tres veces la palabra mágica: ¡miranfú! ¡miranfú! ¡miranfú!

Sí, todo puede comenzar con una visita o una llamada inesperada, dice siempre Carmen, y el encuentro con Miss Lunatic y esa caperucita de Brooklyn, que era Sara Allen, animó a esa chica a descubrir su propio camino en el laberinto de los días. De ese viaje por Nueva York, una de las cosas más importantes que aprendió fue a guardar mejor sus secretos. «A quien dices tu secreto das tu libertad», a la chica se le quedó grabada esa cita de la *Trajikomedia de Calisto y Melibea* que abre la segunda parte del libro. Andaba ella muy enganchada entonces del joven amor romántico, y una de las reglas de oro que este imponía era contárselo todo al otro: una verdadera enamorada no podía tener secretos. Eso a ella le daba mucho dolor de tripa. ¿Pero, qué tenían que ver los secretos con la libertad? Pues ahí estaba escrito, bien clarito, y esa chica tomó nota en su cuaderno, que, por cierto, era también secreto. Y es que la palabra libertad nombraba algo que sentía muy íntimo, muy dentro, aunque no sabía muy bien definirla, le entraba un cosquilleo, unas ganas de llorar, una alegría. La libertad era para ella todo lo que tenía que ver con pasar tiempo a solas, desobedecer lo que se consideraba normal, no hacer lo que se esperaba de una, rebelarse, como por ejemplo, construyendo naves espaciales o escribiendo libros... Y esa chica perdida sintió que por fin había encontrado en Carmen un faro, una guía, y decidió seguirle la pista, un poco a tontas y a locas, que eso era también parte de la libertad, algo así decía Miss Lunatic, no había que tenerlo todo señalado en un mapa. Y no se sabe muy bien cómo, por arte del azar o de la magia que lleva nuestra vida, que es también lo que dice Carmen: «todo se coordina por la magia, eso es evidente», la chica fue encontrando las miguitas de pan que esta le iba dejando en sus cuentos, sus novelas, sus ensayos, sus guiones, sus poemas y en las conferencias, cuando iba a escucharla hablar, y sus palabras la llevaban de viaje. Y junto a ella iba atravesando puertas, más pequeñas, más grandes, probando distintos trozos de pastel, como aprendió de Alicia, que era también muy amiga de Carmen. Y viajando por países de maravilla, esa chica conoció a Celia y a Elena, a Natalia, a Katherine y a tantas otras, incluso puede que fuera la misma Carmen la que le presentó a Virginia, aunque creo que no, que a Virginia la había

conocido antes¹. Bueno, no importa, lo importante es que todas ellas compartían el gusto por la libertad y por la escritura, y la necesidad de tener un espacio secreto, un cuarto de atrás, una habitación propia y también independencia. Y sus palabras se fueron enhebrando unas con otras y, leyéndolas a ellas, las palabras que esa chica tenía dentro encerradas se fueron abriendo paso por salir. Eso sí, sin alzar la voz, en silencio, al abrigo del papel. Un abrigo de mohair, amoroso y cálido, que la chica conocía bien, ya que como Sofía, otra amiga de Carmen, y como Carmen misma, ella ya «hacía diario» desde niña. Pero este artículo no quiere hablar de esa chica de veintidós años, quiere ser cuidadoso y no aburrir a quien lo lea con ninguna sombra, que de lo que trata es de celebrar a Carmen Martín Gaité, la gran escritora. Lo que pasa es que estoy enredada en la madeja de ese hilo, de esa pluma, que me puso Carmen en la mano y ya no sé quién es quién o quién deja de ser esa chica, Sara, Carmen, Miss Lunatic, que es lo que suele pasar con los personajes, sobre todo con los principales, cuando leemos un libro, que nos confundimos con ellos, nos transfiguramos, como si fueran una especie de álgter ego, y eso es también lo mágico. Ya lo dice Carmen: «No somos un solo ser. Mi imagen se desmenuza y refracta en infinitos espejos». El caso es que esa chica había decidido que ella también quería escribir como Carmen y sus amigas, como Natalia, como Katherine, como Virginia, y ellas se convirtieron en su modelo, sus hermanas mayores. Sí, ella siempre había deseado tener una hermana mayor. Una hermana mayor y también un hada madrina, que eso es lo que para ella era Carmen además, por lo de la magia.

¡Una, dos y tres al escondite inglés! Ahora vemos a esa chica más de diez años después, con pareja y dos hijos pequeños, un niño y una niña, se acaba de mudar a vivir a una isla. Durante varios años, el hilo casi ha desaparecido, se ha vuelto invisible, finísimo, a punto de esfumarse de tanto guarecerse en el silencio, las gaviotas se han comido las miguitas de pan. Nuestro personaje está ahora como recién salida de un tornado, todo tiembla alrededor, ve borroso, pierde pie. Carmen ya no habita el mundo

¹ Elena Fortún, Natalia Ginsburg, Katherine Mansfield, Virginia Woolf.

terrenal y ella la ha llorado mucho, y una noche decide volverla a buscar entre sus libros, que están un poco mohosos por la humedad de la isla. Luego le cuesta dormirse, se escucha el ulular de la tramontana, parece que de repente se ha desatado una fuerte tormenta. Más tarde, ya de madrugada, entre el sueño y la vigilia, nuestra protagonista oye una voz: «No te dejes engañar, intentar cumplir tus sueños es lo que al final de la vida te reconcilia contigo misma». Abre los ojos, todos duermen, se levanta a por un vaso de agua. Lo ha escuchado cristalino, como si alguien le hablara al oído. Y la noche siguiente, en esa isla que no es Bergai pero se parece mucho, esa chica, que ya es una mujer, vuelve a sus cuadernos, a los propios, y a los *Cuadernos de todo* de Carmen, que están recién publicados todos juntos en un mismo libro. Abre ese libro por una hoja cualquiera y sus ojos, sin dudar, van directos a un párrafo en medio de la página: «Sé tú. Puedes escribir tanto todavía. Claro que eso pensaba John Lennon, que tenía cuarenta años de vida por delante y ya ves. Pero tú vive. *I don't care about the future. There is only present*».

Creo que es ahí cuando le vuelven a entrar unas ganas inmensas de viajar a Nueva York y ese destino se convierte en su meca, porque está segura de que allí encontrará alguna pista importante para avivar la llama de la escritura. «Necesito una cita con Miss Lunatic», se dice en voz baja, abriendo el ventanal de la terraza frente al mar. Luego sale y se recuesta en una hamaca azul mirando las estrellas.

Ahora, mientras escribo este texto, la mujer lleva el hilo atado a la muñeca, para no perderlo, pero antes hay que contar otras cosas, creo que falta alguien, una interlocutora, o interlocutor, que no sea que esté hablando al vacío.

—Espera —me susurra Carmen—, seguro que aparece una visita inesperada.

Y, como siempre, tiene razón.

—¿Eres tú? —escucho a Carmen, está vez hablando a nuestra protagonista al otro lado del altavoz del teléfono móvil.

Va caminando por la senda de un parque que lleva desde una parada de metro casi hasta la puerta de su oficina, sale, cruza el paso de peatones, el cielo está oscuro, acaba de empezar a llover,

sujeta el paraguas, con la mano izquierda y al escuchar la voz, se queda quieta, el claxon de un coche impaciente la sobresalta.

—¿Quién es? —responde tartamudeando.

—Soy Ana Martín Gaité—. Es la hermana de Carmen, tienen la voz casi igual.

Se oye el latido de su corazón, le tiembla la mano que sujeta el teléfono, sigue caminando, ya llega tarde al trabajo, se le cae el paraguas, lo recoge.

—¡Ah! Hola.

Son las dos de la tarde, ahora vemos a una mujer madura tecleando delante de un ordenador en una biblioteca, se levanta al cuarto de baño, regresa, vuelve a teclear, ¿por dónde iba?

Nuestra protagonista no ha llegado todavía a Nueva York, pero se ha cambiado de isla, ahora está en Bruselas. Durante varios meses ha convivido con Carmen en su cuarto de atrás, que ahora da a un jardín umbrío, cercado por el muro del recinto de un convento que deja ver acacias y castaños al otro lado. Lo ha escrito todo en un cuento y a Ana, que es la hermana mayor de Carmen, le ha entusiasmado. Sabe que esa llamada es la señal que está esperando, pero no sabe bien qué significa.

—Pues, ¡qué va a ser, hija! —escucha otra vez a Carmen.

Suena un saxofón, la melodía de un blues, volvemos a ver a la mujer, ahora frente a una mesa estrecha de bambú en una habitación pequeña, de cara a una ventana que da a un patio interior, con la persiana a medio echar, un poco en sombra. Está más delgada, sostiene entre sus dedos un pelo blanco que se le acaba de quedar pegado sobre la camiseta negra al hacerse una coleta, lo deja sobre la mesa, junto a un cuaderno de espiral azul tamaño folio. El pelo es largo y rizado y brilla con la luz que se cuele entre las ranuras de la persiana. La mujer abre la tapa del cuaderno, pasa la primera página en blanco y escribe: «¿Carmen, qué es escribir?» Levanta la mirada hacia la ventana, se ve un rectángulo de cielo azul con algunas nubes deshilachadas. ¡Una, dos y tres al escondite inglés! La mujer baja la vista hacia el cuaderno, apoya la punta de la pluma y, sin levantarla del papel, escribe. Escribe: escribir, y refugio, y libertad, y aventura, y plantar cara al miedo, y se acuerda de Sara, y de Caperucita y de Miss Lunatic, y también del lobo, y

de la isla y de la estrellas brillantes en el cielo negro, y de la ventana que daba al jardín, y de la que da al mar, y de la suya propia, que cada día muestra un paisaje distinto, y de lo que le gusta salir a la calle, ir al cine, hablar con una amiga, dar un abrazo, y de la cola del cometa, y de lo que imagina en el metro, o en un tren, o en un avión, o sentada en un banco frente al lago de El Retiro, y de su hija y su hijo también, cómo han crecido, y del milagro de ese amor que aún permanece, y de los sueños de los que no quiere despertar, y a veces no despierta, o sí, no está segura, y de las miguitas de pan y los copos de nieve, y de sus paseos por Nueva York, que quedan tan lejanos, Nueva York, Nueva York, tiene que volver pronto. Ha escrito siete páginas, casi sin darse cuenta, como en trance, dejándose llevar con lo que le salía al paso. No las quiere volver a leer, todavía no, que se enlacen bien, que tomen aliento. Deja el cuaderno a un lado y acerca el ordenador portátil, levanta la pantalla, lo enciende. Va a mirar el correo, a ver qué mensajes tiene hoy: una compañía de teléfono, la factura de la electricidad, el clima astrológico del día, un resumen de noticias y, entre todos ellos, se fija en el nombre de un remitente extraño: David. Pincha sobre el mensaje y ¡sorpresa!, es Carmiña otra vez, ahí está, tendiéndole la madeja. «Hola David, encantada, sí, sí, claro, gracias, sí, escribiré ese artículo para celebrar a Carmen, claro que sí», responde enseguida.

Siga leyendo por favor, todavía el artículo no está terminado. Se me han quedado muchas cosas fuera, bueno, siempre hay que elegir, que tampoco hay que decirlo todo. Aunque la verdad es que ahora no sé cómo terminar. Quizá podría ser con la libertad, o con el refugio, o con la habitación propia, o con el cuarto de atrás. O a lo mejor con el fugarse a una isla. Como voy a hacer yo en un mes otra vez, irme a una isla. Será cuestión de seguir las miguitas de pan otra vez, tirar del hilo que me ofrece Carmen, Carmiña, siempre que no sé qué hacer o por dónde seguir, desde que la conocí por primera vez, hace ahora mucho tiempo, el «hilo para tejer lo de antes con lo de ahora. Que no falte, que no se rompa, que podamos seguir tirando de él».

Gracias Carmen.